

y hasta las primeras oposiciones que empezaron á hacerle, todo esto acabó por malear el carácter de Narvaez y le infundió algo á modo de mareo, desvanecimiento ó vértigo, á semejanza del de aquel que está subido en una grande altura y siente cierto prurito de tirarse desde allí de cabeza. Narvaez por condicion natural era bueno, pero le sucedió lo que á otros hombres que tambien lo eran, al verse halagados repentina y desmesuradamente por la fortuna; le entró, aunque en escala bastante menor, cierto delirio, como el de Masanie-lo y otros héroes semejantes. De esta suerte, Narvaez aeabó por hacerse insufrible hasta á sus mas íntimos amigos y servidores. Él mismo no se podia sufrir. Se sentia, segun asegura el conde Raczyński, cansado y desanimado, á par que poseido de una extrema agitacion nerviosa que llegaba al paroxismo. Todos sus compañeros de consejo acabaron por no poder aguantarle. «Sartorius, prosigue el conde, ha cesado de considerarse como indisolublemente ligado á la fortuna de aquel que ha hecho la suya. Sartorius conspira; espera reemplazar inmediatamente á Narvaez y piensa en retirarse para dejar al general que naufrague solo y volver luego á ser ministro; pero Sartorius se alucina. Hasta el comisario de la Cruzada, en otro tiempo tan devoto de Narvaez, declara hoy que es imposible vivir con él.»

A tales extremos condujeron á Narvaez el éxito y el engrandecimiento.

Antes de que empecemos á hablar de lo que ocurrió, abiertas ya las Cortes, tendremos que consagrar un capítulo á describir los sucesos, durante el año de 1848, de la guerra civil, empeñada de nuevo en Cataluña por los carlistas y por los partidos liberales extremos.

Ahora, al terminar el período de los nueve meses de omnimoda dictadura de Narvaez, y aunque sea adelantándonos un poco á los sucesos, ya que hemos citado al conde Raczyński, le volveremos á citar, extractando sus apuntes, por mas que sus apreciaciones nos parezcan á veces algo duras contra nosotros, para que se vean y se enumeren los varios elementos, que poco á poco se fueron desatando y concitando contra Narvaez hasta causar su caida: para que se vean las cosas, no diremos que como eran en sí, sino como aparecian á los ojos de los extranjeros, que no querian sernos hostiles.

«La lucha va á empezar entre hombres que la revolucion ha encumbrado rápidamente. Sus antecedentes son idénticos á los de las notabilidades revolucionarias de otros países: no hay que entrar en pormenores.» Aquí transpira el profundo desden del hombre de ilustre nacimiento de un país aristocrático contra nuestros personajes nuevos, que presumen á su vez de aristócratas, olvidados de sus humildes principios. Al leer esto no podemos menos de recordar con sonrisa de lástima á ciertos señores de fresca fecha, que hay en España, y que son anglomanos, cuando en Inglaterra, á nacer ellos ingleses, jamás hubieran llegado á pisar ni la antesala de un lord. «Los hombres *honorables*, prosigue el conde Raczyński, tienen aquí pocas probabilidades de encumbrarse. Por la mayor parte han dejado de aspirar á ello, porque preven que el choque de los partidos los haria trizas y que el bien es imposible por medios buenos. Además, no tienen secuaces sino entre los hombres mas pacíficos y menos aptos para luchar contra ese grupo de personalidades ambiciosas y ávidas de riqueza que tienen tomados y asediados los caminos del poder.»

«La Reina quiere conservar á Narvaez, aunque no sea mas que porque Narvaez pone miedo al Rey; pero lo que es ella no le teme como antes.»

«Antes solo el general Pavía osaba hacer la oposicion á Narvaez. Hoy existe un grupo de generales en evidencia, atrevidos y temidos, que declaran la guerra á su hermano de armas, á su émulo en política moderada y *ambiciosa*. Son estos Lersundi, Oribe, Ros de Olano, Serrano, y principalmente Córdoba, Pavía y Prim... Prim es el mas temerario de los hombres.»

Tambien enumera el conde Raczyński á los puritanos y á otros moderados disidentes, como gran elemento de oposicion contra Narvaez. «Los principales son Benavides, Gonzalez Brabo, Pacheco, Salamanca, su amigo Llorente, y el mas terco, encarnizado, turbulento y audaz de todos, Rios Rosas.»

No hay que decir que el conde Raczyński, cegado tal vez por su orgullo aristocrático y por sus ideas absolutistas, no ve jamás convicciones y principios en nuestros prohombres políticos. Algo contribuiría á este severo y falso juicio una contrariedad muy cómica que el conde experimentó desde que vino á España, y que, creciendo cada vez mas, le desazonó hasta el extremo de abandonar su puesto de España, á pesar del empeño del Rey de Prusia para que siguiese representándole.

Fué la tal contrariedad la de que en los altos círculos oficiales de Madrid nadie tuviese una idea exacta de la importancia de Prusia, que ni en Sadowa ni en Sedan habia vencido todavía. Como nacion distante, nosotros españoles, ocupados con nuestras cosas, apenas nos acordábamos de ella para nada. Esto no podia llevarlo con paciencia el conde Raczyński. Y lo que mas tarde acabó de exasperarle, fué la ignorancia ó indiferencia que mostraba, respecto á la grandeza prusiana, el marqués de Miraflores. Una vez dijo canderosamente al conde Raczyński que los negocios importantes se trataban en Viena y no en Berlin. Esto acabó de decidir al conde á irse de España, pero con tal enojo contra el marqués, que á pesar de lo mesurado y suave que era el conde, llega á decir, con notoria injusticia, que dos cosas le aturdirían y pasaban por su grandeza, aunque las veia de diario: el firmamento estrellado y la sencillez del marqués de Miraflores.

## CAPITULO II

Guerra civil en Cataluña durante los años de 1848 y 1849.

Los motines, pronunciamientos ó sublevaciones, pueden dividirse en urbanos y rústicos. En España, sobre todo en estos últimos tiempos, es notable la diferencia que entre ellos media. En los urbanos casi nunca interviene el paisanaje como no sea en cortísimo número ó cuando ya va de vencida el gobierno á quien se combate, y se trata de darle el puntillazo ó golpe de gracia. Los urbanos son tambien súbitos ó agudos. Duran uno, dos ó tres dias á lo mas; y, vencidos ó vencedores, acaban. Por el contrario, las sublevaciones que ocurren en el campo suelen contar con mas paisanos que militares en sus huestes; y, merced á la terquedad del carácter español, al ningun regalo y pocas comodidades de que solemos gozar en nuestras casas y á nuestra aficion á la vida rota y vagabunda, duran años y años.

En el de 1848, al abrirse las Cortes, la guerra continuaba en Cataluña; pero Narvaez se empeñó en decir á las Cortes que habia terminado, y así lo dijo. Al decirlo, no engañaba por completo al país. Lo que, al terminar el año de 1847 y al empezar el de 1848, habia en Cataluña no se puede decir que fuese una verdadera guerra; pero tampoco era paz y tranquilidad, sino disgusto y sobresalto continuo, merced á no pocas bandas de forajidos que vagaban aun por varias comarcas.

Si el gobierno habló de la pacificacion de Cataluña, no fué engaño, sino error. El gobierno mismo creyó pacífico el Principado y hasta disminuyó las fuerzas del ejército que allí habia, á pesar de las quejas y observaciones del general Pavía, receloso de que la guerra se renovase con mas ardor en la primavera siguiente.

Muy pronto, en efecto, y antes de que llegase la primavera, los montemolinistas, envalentonados, se atrevieron á mayores empresas. En la noche del 21 de febrero, unos cuatrocientos, al mando de Caletus, Castells y Borges, entraron por sorpresa en la villa de Igualada, que cuenta mas de doce mil almas de poblacion y tenia entonces para su defensa gran número de soldados. Esto no impidió que los montemolinistas se paseasen á su sabor por el pueblo, asesinasen á varias personas, se llevasen prisioneras á otras, y se retirasen en buen orden, despues de cruzar con la guarnicion algunos tiros, es de suponer que inocentes. Si no se llevaron los fondos del ayuntamiento fué porque no los hallaron.

Sorpresas por el estilo hubo con frecuencia en otros puntos, resultando de ellas robos y asesinatos, ó bien que los facciosos se llevasen secuestradas á algunas personas ricas para pedir dinero por el rescate.

Por cierto que las víctimas pacíficas de estas fechorías no habian de estar muy satisfechas del orden, de la seguridad y del reposo, que la gloriosa dictadura del salvador Narvaez les iba proporcionando.

Otro encanto que la situacion debia de tener en Cataluña para los neutrales y amigos de la paz era que el mismo gobierno, que no los amparaba, quisiese hacerlos responsables y hasta les imputase á delito su propio infortunio y la miedosa resignacion con que pagaban multas y contribuciones que los montemolinistas imponian y hasta el precio del rescate de las personas que se llevaban secuestradas.

Con la impunidad y buen éxito de estas tentativas, los carlistas fueron cobrando ánimo y volviendo á organizarse. Pronto aparecieron nuevos caudillos entre los cuales se distinguia don José Masgoret, que habia llegado á general en la guerra anterior y que publicó una proclama que en cierto modo da distinto carácter á la nueva guerra. En ella se acusa al gobierno de Isabel II de engañar á los pueblos con las vanas palabras de libertad, prosperidad, civilizacion, orden y progreso, cuando no le da sino decadencia, desmoralizacion y tiranía; y en ella se le acusa además de que sobre las ruinas de la riqueza pública levante fortunas colosales y escandalosas para ser trasportadas al extranjero y hasta de que consenta en que la corte gaste para divertirse en una sola noche enormes cantidades. A fin de remediar todas estas miserias, que infestan y envilecen á la nacion, no hay mejor medio, en sentir del autor de la proclama, que el de hacer Rey á don Carlos VI.

La proclama de Masgoret era del dia primero de abril; y, para que todo fuese completo, al dia siguiente apareció otra proclama republicana en la provincia de Gerona, firmada por don Francisco Ballera. Los males denunciados en esta proclama eran los mismos; pero el remedio era algo diferente, ya que se trataba de establecer la república, aunque bajo los auspicios de otro Borbon, del ciudadano Enrique María, á fin, sin duda, de que todo se quedase en la familia y de que hasta los republicanos fuesen dinásticos.

Con el refuerzo de estos nuevos caudillos y con los hombres que entraron por la frontera de Francia, emigrados españoles unos, franceses no pocos, todos con armas y algunos á caballo, la guerra tomó en seguida lamentable incremento.

Insufrible y cansado seria seguirla en todos sus pormenores; seria narrar una serie de actos semejantes, sin plan y sin concierto casi siempre: sorpresas, escaramuzas en que morian unos cuantos, é irrupcion repentina de los facciosos en las poblaciones descuidadas ó inermes, saqueando, apaleando y matando, y hasta llevándose en rehenes á los ricos para exigir luego el rescate.

Esta gran calamidad de la guerra civil se debió casi exclusivamente al partido montemolinista. El republicano, á pesar del favor del ciudadano Enrique María de Borbon y de la proclama de Ballera, apenas tuvo séquito. En cambio los montemolinistas en armas seguian apareciendo en Cataluña, ó venidos de la emigracion ó saliendo allí mismo de sus casas, y el general Pavía, á pesar de algunos triunfos parciales sobre Castells y otros cabecillas, declaraba que la guerra amenazaba tomar mas serias proporciones, y pedia, en el mes de junio, mayores fuerzas al gobierno para sofocarla.

Entre tanto, don Carlos, protegido por el gobierno inglés, juzgó propicia la ocasion para hacer un llamamiento general y renovar la guerra por todas partes.

La primera tentativa fué en Guipúzcoa. Don Joaquin Julian de Alzáa, general desde la primera guerra, fué el encargado de hacer el levantamiento. El plan estaba bien concertado. Alzáa debia apoderarse de Tolosa y de sus autoridades, durante la desordenada alegría de una fiesta popular. Para ello creia contar con suficientes recursos, pero los recursos le faltaron. Sus compatriotas, por dicha, estaban fatigados de guerra. Las autoridades, por otra parte, fueron prevenidas á tiempo. Errado aquel golpe, Alzáa tuvo que huir, al frente de una pequeña partida de los mas comprometidos y fieles. Perseguido sin descanso el coronel Damato, y, despues de varias correrías, cayó Alzáa en poder de un miquelete, y fué fusilado

el dia 3 de julio. Así acabó por entonces en Guipúzcoa la insurreccion montemolinista.

En Navarra, no tuvo mejor éxito que en Guipúzcoa la tentativa de insurreccion. Los navarros tambien estaban hartos de guerra y respondieron muy poco á las excitaciones del general don Joaquin Elío, que no llegó á entrar en España. Hubo, sí, varias partidas, al mando de Zabaleta, Ripalda, Zurbiri y otros, que todas ellas sumarian unos mil hombres en armas; pero, no hallando apoyo ni calor en el país y perseguidos sin descanso por el general Villalonga, tuvieron que disolverse. Cerca de cuatrocientos se internaron en Francia; unos doscientos se acogieron á indulto; y los demás se volvieron muy tranquilos á sus hogares, como si fuera el sublevarse la cosa mas natural y sencilla del mundo. Se calcula que esta sublevacion de Navarra costaria á los facciosos sobre veinte muertos y treinta heridos.

Cataluña era, pues, á la sazón, el único teatro posible para la guerra montemolinista; y el célebre don Ramon Cabrera, muy otro del que habia sido en anteriores campañas, tuvo que pasar á Cataluña á dar pábulo y vigor á la nueva lucha, quizás con mas disgusto que esperanzas, y solo para obedecer las órdenes de su soberano.

Cabrera volvió á entrar en España en la noche del 23 de junio. Venia acompañado de su estado mayor y de veinticinco ordenanzas. El 26 se hallaba ya á siete leguas de Barcelona, reuniendo en torno suyo mas de mil hombres de diversas partidas que habia convocado.

Como hemos dicho, Cabrera habia cambiado durante la emigracion. Su larga estancia en Lóndres y en París habia suavizado la aspereza de su carácter y habia abierto mas anchos horizontes á su inteligencia ruda y sin cultivo. Venia, pues, en esta ocasion lleno de filantropía y de dulzura que se contraponian á su antigua crueldad y fiereza. En la primera proclama que dió, decia entre otras cosas: «Mirad en cada uno de vuestros compatriotas pacíficos, cualquiera que sea su opinion, un padre, un amigo, un protector: en cada enemigo rendido, un hermano, un compañero. Jamás olvideis que la sangre es el tesoro mas precioso de las naciones: conservad la de los enemigos aunque sea á costa de la propia y contad de seguro con la recompensa. La clemencia ha de ser siempre vuestra divisa.»

Y no habia cambiado solamente Cabrera en punto á sentimientos filantrópicos, sino tambien en ideas y doctrinas, dejando traslucir á veces, á través de la confusion nebulosa en que las suyas debian de estar en su cerebro, algo de resabios ó dejos liberalescos y hasta libre-pensadores. En prueba de ello se da por evidente que las primeras palabras que dirigió á sus soldados, al entrar en España, fueron estas: «Nuestros pasos tienen que ser muy distintos de los de otros tiempos. La época de los frailes, de la inquisicion y del despotismo, ha pasado.»

Con semejante aserto Cabrera ganaba y perdía á la vez; pero era mas lo que perdía que lo que ganaba. Con semejante aserto borraba en gran parte el lema de su bandera y amenaguaba los motivos que le llevaban á desnudar la espada y á emprender nueva lucha. En cambio, mostrándose como se mostraba menos intransigente, le era mas fácil concertarse, aunque solo fuera para el ataque, con todos los enemigos del gobierno, ora fuesen republicanos, ora progresistas. Notable ventaja era esta, pero todavía nació del nuevo modo de ser de Cabrera, una desventaja grandísima, que promovió la maledicencia y que algo hubo de contribuir á que acudiesen bajo la bandera de Cabrera muchas menos personas de las que él esperaba. Se hizo correr la voz de que Montemolin, en pago del auxilio que Inglaterra le daba, habia estipulado con aquella nacion, para cuando llegase el dia del triunfo, un tratado de comercio muy libre-cambista, lo cual hubo de sobresaltar por extremo á los proteccionistas catalanes, cuya industria requiere, para competir con la extranjera, grandes derechos de importacion á fin de nivelar los precios.

De todos modos, ó por las razones indicadas ó mas bien porque el fanatismo político y religioso se habia ido amortiguando durante los años de paz, es lo cierto que Cabrera no fué recibido como esperaba y tuvo un triste desencanto. Tal vez



imaginó verse rodeado de gran muchedumbre de fervorosos y valientes parciales y solo contó con mil hombres escasos. Vióse, pues, obligado á permanecer á la defensiva, á rehuir todo encuentro formal con las tropas del gobierno y á no empeñarse en ningún lance de importancia, sino en asaltos, sorpresas y emboscadas contra pequeños destacamentos ó contra lugares mal custodiados, aguardando mejores días, adiestrando á su gente y esperando contar con mayor número y con huestes mas aguerridas para acometer otras empresas.

Tal esperanza no tenia tampoco visos de realizarse. En casi todas las regiones de la Península los esfuerzos de los montemolinistas para encender de nuevo la guerra civil se habian estrellado en la apatía de los hombres y en la desdeñosa crueldad de la fortuna. No solo en Guipúzcoa y en Navarra, sino tambien en Extremadura y hasta en el centro mismo de Madrid habian abortado lastimosamente las sublevaciones.

En Extremadura se habia levantado don Mariano Peco, entrando por Portugal y no logrando reunir arriba de doscientos soldados, contando los de á caballo y los de á pié. Otras partidillas de facciosos, que habia en Extremadura, se fueron presentando á indulto, de suerte que Peco se vió aislado, y poco tiempo despues preso en Madrid.

En esta corte hubo una conjuración para reunir gentes, armas y dinero, y formar una partida que saliese á campaña, poniéndose de acuerdo con las huestes de Cabrera. La conjuración fué descubierta por la policía y siete ó ocho de los conjurados mas importantes llevados á la cárcel.

En Andalucía hubo tambien conatos de sublevación. Los generales y demás jefes, que debian dirigirla, salieron de Londres y vinieron á Gibraltar; pero sin duda no hallaron eco ni entusiasmo en parte alguna, no osaron aventurarse en tan desatinada empresa, y de Gibraltar no pasaron.

En Aragon, por último, habia tambien una partida montemolinista mandada por un guerrillero llamado el Cojo de Carriñena; pero el Cojo se hartó al fin de ir siempre vagando, acosado por las fuerzas de la Reina, y se acogió á indulto en Calatayud, el día 2 de agosto.

De esta suerte la guerra civil quedó limitada á Cataluña. El general Pavía que allí seguia mandando, sintió mayor ansia de terminarla y pidió refuerzos al gobierno. Dicho general propuso tambien algunas medidas que conceptuó indispensables, y entre ellas una que debemos mencionar aquí porque pinta con viveza lo que era aquella lucha, la condicion de la gente que la sustentaba y la razon principal de que fuese interminable. Habia, sin duda, una afición decidida á la vida de guerrillero, á vagar por los campos sin dedicarse á ningun trabajo provechoso y á proporcionarse así el sustento en completa libertad. Muchos, cuando se hallaban fatigados ó se enojaban con algun jefe ó se sentian movidos por el amor del pueblo natal ó por la paz del hogar doméstico, se acogian á indulto; pero, no bien se reposaban algo de sus fatigas, ó se hartaban otra vez del tranquilo vivir de la familia y de los demás goces inocentes, volvian á tomar las armas y se iban de nuevo á la facción. El general Pavía á fin de evitar esta burla, proponia que los indultados se empleasen en el servicio militar de las Antillas ó en Africa.

Mientras dicho general se afanaba por terminar la guerra, Narvaez, impaciente de su larga duracion, trazó en Madrid un plan, con el cual imaginaba que en todo el mes de agosto se lograria la completa pacificación de Cataluña. El coronel don Leonardo Santiago Rotalde fué á Barcelona á llevar este plan á Pavía. El plan, hasta donde puede decidir quien es ajeno á las ciencias militares, como quien esto escribe, no era ni bueno ni malo, y lo mismo que á Narvaez se le hubiera podido ocurrir á cualquiera. El gobierno tenia en Cataluña un ejército de treinta y dos mil hombres y además las rondas de naturales del país que casi llegaban á mil seiscientos; pero con toda esta gente no acertaba á hacer un buen ojeo y á dar caza á cuatro ó cinco mil montemolinistas, que era lo mas que habia. En vista de esto, el plan de Narvaez consistia en sustancia, en que los mismos habitantes del Principado se procurasen ellos por sí la paz y la tranquilidad y el orden que el gobierno no sabia darles. A este fin proponia dos cosas: la primera halagar á los catalanes diciéndoles que la quinta se

haría cuando ellos quisiesen; que se concederia la construcción de las carreteras que pidiesen y que en punto á aranceles el gobierno protegeria su industria y su comercio del modo que ellos indicasen. En cambio queria Narvaez que los catalanes hábiles para llevar las armas se armasen todos, ya en somatenes activos y con sueldo, ya para la defensa de los pueblos y caseríos.

A fin de realizar este plan, el duque de Valencia daba á entender que él mismo estaba dispuesto á ir á Cataluña. Si no iba era por el respeto y gran confianza que el general Pavía le inspiraba. El general Pavía rogó á Narvaez que fuese; pero Narvaez no fué, y no se volvió á hablar de su ida ni de su plan, aunque bien puede asegurarse que Pavía le siguió hasta cierto punto, ya que repartió seis mil fusiles entre los vecinos honrados, aumentó las rondas, hizo fortificar algunas poblaciones y procuró estimular á los catalanes para que le ayudasen á acabar con la insurrección.

Todo esto, sin embargo, no bastó. La guerra seguia teniendo siempre el mismo carácter de esquivar toda acción importante y decisiva y de reducirse á escaramuzas y sorpresas.

La novedad que empezó á notarse desde el mes de agosto fué la buena armonía con que se ayudaban, se apoyaban y peleaban juntos montemolinistas y republicanos.

La única intencion estratégica que por entonces se pudo atribuir á Cabrera fué la de pasar el Ebro y llevar la guerra al Maestrazgo, pero fué infeliz en este propósito. No pudo pasar el rio; tuvo que replegarse hácia Estany; y, alcanzado por la columna que mandaba el brigadier Manzano, sufrió una deslucidísima derrota, y se salvó huyendo, acompañado de muy pocos.

Mientras seguia la guerra por los campos, en Barcelona se conspiraba en sentido progresista ó mejor dicho radical. Un comité revolucionario divulgó algo á modo de programa en que anunciaba ó prometia mil reformas, como por ejemplo el sufragio universal, la abolicion de las quintas y la libertad en el tráfico de la sal y del tabaco. El programa hablaba asimismo de libertad de imprenta, de Cortes constituyentes, de instruccion primaria obligatoria, y de dar licencia á los soldados para que se fuesen á sus casas. A fin de contener ó anular los trabajos de estos radicales, el general Pavía prendió á dos ó tres, siendo uno de ellos el teniente coronel don Eugenio Gaminde, de reemplazo en Lérida.

Viendo Pavía que los montemolinistas se sustraian á las persecuciones y que la guerra no acababa, trató de ganar á sus principales jefes por medios mas suaves, para lo cual entró en tratos con algunos; pero estos pedian demasiado y Pavía no aceptó sus condiciones. Caletrus, cuyo verdadero nombre era don Miguel Vila, pedia diez y seis mil duros, su empleo de teniente coronel y un mando. Mandos y empleos pedian tambien el comandante Hosta y don José Pons, alias Pep del Oli. Claro está que al pedir mandos se comprometian á hacer la guerra á sus hermanos de armas, manifestando que en ellos el guerrear era, no devocion á ciertas ideas, sino oficio, como entre los antiguos *condottieri* de Italia.

Narvaez, entre tanto, viendo que habia pasado el mes y la guerra no acababa, empezó por excitar á Pavía para que desplegase mayor actividad y para que fusilase á cuantos cogiera con las armas en la mano y hasta á sus encubridores ó cómplices. Por último, el día 10 de setiembre relevó á Pavía del mando.

El general don Fernando Fernandez de Córdoba fué quien le reemplazó. Aunque entendia que la guerra debia seguirse con actividad, este general esperaba mucho de los medios de seducción empleados con los jefes y cabecillas. Sabíase el disgusto que cundia entre ellos; que Montemolin, desde Londres, no solo no mandaba recursos, sino que ni siquiera escribia; y que los hombres de la facción, si bien cobraban impuestos y vivian sobre el país, carecian de muchas cosas, pues no podian exigir demasiado por no hacerse odiosos. No era, pues, de extrañar que los jefes se hallasen en general predispuestos á la avenencia con el gobierno de Isabel II, si este les concedia ventajas. En cambio el vencerlos y hacerlos prisioneros era harto difícil, pues solo hacian cara y combatian cuando llevaban gran ventaja en posicion y en número. Cuando no,

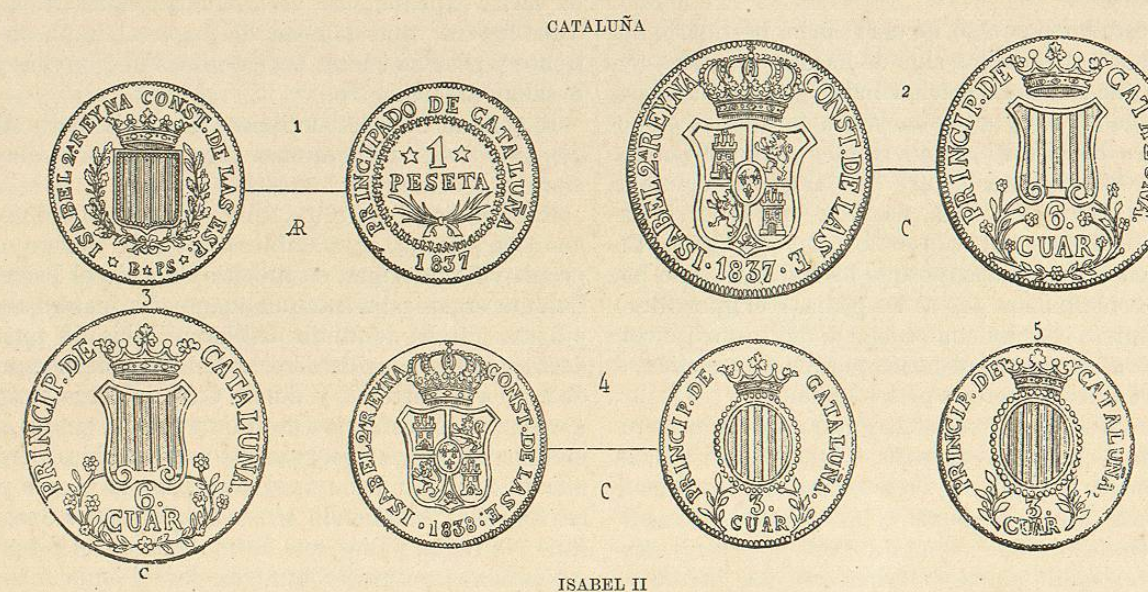
al primer tiro solian dispersarse; y, como el país les era muy conocido, y la gente favorable, al menos porque veía en ellos compatriotas, cuando no amigos antiguos y hasta parientes, volvian á reunirse á poco donde les convenia. El hallarse organizados en partidas pequeñas se prestaba mucho á este modo de hacer la guerra.

A complicarla acudió á mediados de setiembre un nuevo elemento. Don Victoriano de Atmeller, jefe republicano, entró con alguna gente en Cataluña. Dió su proclama, como era de costumbre, prometiendo mil felicidades al pueblo si cooperaba á su triunfo, y á los soldados que se le uniesen, seis reales diarios mientras durase la lucha, y la licencia absoluta cuando se lograra la victoria. La proclama de Atmeller no tuvo eco.

Por aquel tiempo, Narvaez dió sus instrucciones á Córdoba, las cuales brillan mas por lo candidas que por lo atinadas. El principal propósito de las instrucciones era obligar al país á que por sí mismo se defendiese. En este punto algunas medidas eran sobrado duras; otras, sobrado cómicas. No podia darse mayor dureza que la de castigar á las gentes de un lu-

gar, cuando se hubiesen visto obligadas á dar á los facciosos raciones ó dinero, con pagar tambien multas y con aprisionar y encausar al ayuntamiento y á los primeros contribuyentes. Ni podia darse medida mas cómica, aunque en realidad pudiera traer alguna ventaja, que la de sacar del seno de sus familias á todos los zapateros y alpargateros de los lugares, y encastillarlos en las fortalezas y plazas muradas, á fin de que los facciosos no pudiesen proveerse de zapatos ni de alpargatas.

A pesar de tan discretas instrucciones, la causa montemolinista ganó terreno durante el mando de Córdoba. Algunas partidas pasaron el Ebro y llevaron la guerra al Maestrazgo. Varias poblaciones fueron entradas á saco por los carlistas. Masoret se apoderó del fuerte de Labisbal, haciendo á su guarnicion prisionera. El general Córdoba se vió obligado á salir á campaña; pero, si no él inmediatamente, los jefes que servian á sus órdenes sufrieron importantes descabros. El general Paredes, en un encuentro que tuvo con Borges, no lejos de Esquirol, quedó vencido, teniendo que retirarse y dejando en poder de los montemolinistas mas de cien prisione-



ros. Pocos dias despues, Cabrera venció en Aviñó á la columna del brigadier Manzano, quien con mas bizarría que prudencia vino á atacarle con mucho menor número de gente y á pesar de la ventajosa posición que Cabrera ocupaba. Mas de cuatrocientos isabelinos quedaron entonces prisioneros de Cabrera. Manzano, herido, cayó tambien prisionero, aunque á los pocos dias, por una feliz casualidad, hallándose custodiado por cuatro hombres en una casa de campo, fué rescatado por el general Paredes. Otra casualidad, no menos feliz, hizo que los mozos de escuadra prendiesen á don Antonio Tristany cuando este se despedia de una jóven con quien habia estado en una alquería en pláticas amorosas.

Los medios diplomáticos empleados por Córdoba surtieron mejor efecto que los belicosos. Don Miguel Vila, alias Caletrus, y don José Pons, conocido por el Pep del Oli, se pasaron á las filas isabelinas, el primero con el grado de comandante y el segundo con el de brigadier, que en las carlistas tenian.

Contra los republicanos fué Córdoba menos desdichado que contra los montemolinistas. Nouvilas derrotó la partida de Atmeller haciendo prisioneros á dos jefes que fueron fusilados. A fines del mes de setiembre parece que el general Córdoba descubrió una conspiración republicana que tenia el propósito de entregar varias plazas fuertes y el castillo de Monjuich á las bandas de Cabrera. De resultados de este descubrimiento hubo varias prisiones. Los presos principales y mas comprometidos fueron don Ramon Lopez Vazquez, comandante retirado, don Juan Valterra, teniente del regimiento de caballería de Sagunto, y don Joaquin Clavijo, tambien comandante. Los tres fueron rápidamente condenados á muerte por una comision militar, que, segun algunos historiadores, prescindió de la mayor parte de los trámites legales. Lo cierto es que los reos, cuando estaban ya en capilla, inspiraron el

mayor interés á todas las clases y corporaciones de Barcelona, quienes rogaron al capitán general que suspendiese la sentencia para impetrar el perdon de la Reina. Córdoba se mostró inexorable, y los reos fueron fusilados, con inusitada premura, á fin de que aquel acto no tuviera lugar el día del cumpleaños de la Reina. Se cuenta que Clavijo, en el sitio ya de la ejecucion, dijo á Vazquez, su compañero de infortunio, imitando á Padilla despues de Villalar: «Serénate, amigo mio: hoy nos toca morir tranquilamente: nuestro partido llegará un día al gobierno de la nacion y honrará nuestra memoria, vengándonos de este general, que tan cruel ha sido con nosotros.» Una descarga de fusilería acabó con la vida de aquellos tres jóvenes. «Su partido, añade el señor García Ruiz en sus *Historias*, llegó un día al poder, y Córdoba no fué objeto de venganza, sino que consiguió ser ministro radical de Amadeo de Saboya y luego de la República.»

Los mas de cuantos han escrito sobre esto motejan al general Córdoba de excesivamente duro en aquella ocasion, y aun hacen aparecer doblemente odiosa su dureza al considerar que con los prisioneros carlistas no la mostraba: antes bien decia en una comunicacion al ministro de la Guerra: «En mi concepto juzgo que no estamos por ahora en el caso de imponer la pena de muerte á ninguno de los prisioneros carlistas.» Con todo, la benignidad usada con ellos, de que se previalian los liberales para denigrar mas á Córdoba, no debió tampoco de ser muy grande. Cabrera en un manifiesto, para cuya publicacion se valió de un periódico francés, le censura y censura á los demás jefes isabelinos de fusilar ó deportar á Filipinas á los prisioneros, y hace alarde de su longanimidad generosa en no tomar represalias y en proponer el canje.

En suma, fatigado el general Córdoba de tanto bregar sin éxito, y descorazonado y perdida toda esperanza de salir ai-